

José García de Castro Valdés  
Santiago Madrigal Terrazas  
(editores)

## MIL GRACIAS DERRAMANDO

### Experiencia del Espíritu ayer y hoy

Libro homenaje a los profesores  
Santiago Arzubialde SJ, Secundino Castro OCD  
y Rafael M<sup>a</sup> Sanz de Diego SJ

BIBLIOTECA  
COMILLAS  
Teología

PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD  
PONTIFICIA COMILLAS

04

PEDIDOS  
Servicio de Publicaciones  
c/ Universidad Comillas, 3  
Tel. 91 734 39 50 - Fax 91 734 45 70



2011



SER LA SAL DE LA TIERRA:  
ESPIRITUALIDAD LAICAL EN EL PENSAMIENTO  
DE PEDRO POVEDA

ELISA ESTÉVEZ LÓPEZ  
*Universidad P. Comillas-Madrid*

Hace ahora cien años que un joven sacerdote dio inicio a una obra de Iglesia, la Institución Teresiana, cuyos miembros habían de vivir al estilo de los primeros cristianos, insertos en las realidades temporales, dando testimonio del evangelio en medio de las estructuras educativas y culturales, y vinculados por la caridad. Respondía con su iniciativa a la necesidad imperiosa de un diálogo entre la fe y la ciencia, entre la Iglesia y una sociedad cada vez más plural y secularizada que reclamaba su autonomía<sup>1</sup>. Se sumaba así a otras iniciativas que subrayaban el papel del laicado en la transformación social (más en concreto, en el ámbito educativo, objeto entonces de un agudo debate social). Frente a posturas creyentes integristas e intransigentes, la Obra de Poveda y él mismo, se decantarán por responder al laicismo agresivo, mostrando con obras y palabras alejadas de beligerancia y descalificaciones que la plenitud de lo humano está en Cristo, y que no hay oposición entre fe y ciencia<sup>2</sup>.

La institución laical que daba sus primeros pasos en 1911 necesitaba de una recia espiritualidad, que Poveda irá pergeñando en los años posterior-

<sup>1</sup> Cf. J.M. LABOA, *Historia de la Iglesia. IV: Época contemporánea*, Madrid 2002, 269-309; M. REVUELTA GONZÁLEZ, *La Iglesia y el liberalismo. El desafío de la Libertad. XX Siglos 55* (2005) 63-77; R. SANZ DE DIEGO, *Pedro Poveda, lector de «Razón y fe» en Covadonga*, en *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje cincuentenario 1936-1986*, Madrid 1988, 135-160.

<sup>2</sup> Cf. T. GARCÍA TEJEDOR, *El proceso de secularización de la enseñanza en España a comienzos del siglo XX*, en *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje*, 245-246.

res y cuyo prototipo habían de ser los primeros cristianos<sup>3</sup>. El objetivo de este artículo no es una exposición sistemática del modelo de espiritualidad laical que Poveda propone, sino centrarnos en el comentario que hace a un texto del evangelio de Mateo: «Vosotros sois la sal de la tierra» (9,13), un escrito del año 1920, en el que el autor refleja muy bien cómo estar en el mundo, siendo uno más, y al mismo tiempo, sanando y dando sabor.

El autor elegido y el pensamiento espiritual que desarrolla en este texto, está en relación con los tres campos a los que se han dedicado los profesores Castro (Biblia), Arzubialde (Espiritualidad) y Sanz de Diego (Historia de la Iglesia Contemporánea). Con este artículo les manifiesto mi gratitud y reconocimiento por la importante tarea llevada a cabo en el marco de la Facultad de Teología de la Universidad de Comillas.

#### 1. CONTEXTO Y GÉNERO LITERARIO DEL COMENTARIO SOBRE «VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA»

La consideración «Vosotros sois la sal de la tierra» [157] pertenece a un conjunto documental muy bien diferenciado en la obra povedana, y que el autor comienza a escribir en febrero de 1920, dándolo por concluido en marzo de ese mismo año, en un momento en el que la asociación laical que había fundado se estaba afianzando con solidez<sup>4</sup>, y habiendo madurado él mismo, con la fuerza del amor de Dios, en el crisol del sufrimiento. El conjunto documental lleva por título: «Jesús, maestro de oración». Consta de veinticuatro escritos, en los que Poveda aborda ampliamente, en primer lugar, el tema de la oración, y a continuación plantea cómo han de vivir y actuar quienes han de vivir y actuar como seglares en medio de la sociedad, dejando clara cuál es la finalidad de esta asociación laical, su pro-

<sup>3</sup> «La idea de tomar como modelo la vida de los primeros cristianos, nace con la idea misma de la Obra, al igual que la característica de preparar docentes para la enseñanza pública (...). Las congregaciones religiosas suelen basar sus reglas en una de las cuatro Órdenes antiguas. Dado nuestro género de vida, nosotros no podíamos elegir ninguna de ellas como base. En cambio, la vida de los primeros cristianos —empleados del Estado ocupando destinos varios y viviendo en medio del mundo— era muy apropiada para nuestro caso» [451] (1934).

A partir de este momento, la citación de los textos povedanos se hará de acuerdo a la numeración de la edición crítica de los mismos, en su primer tomo: PEDRO POVEDA, *Obras I. Creí por esto hablé*. Edición crítica y estudio a cargo de M<sup>a</sup> Dolores Gómez Molleda, Madrid 2005.

<sup>4</sup> Para profundizar más en el crecimiento de la Institución Teresiana en estos años, con los sufrimientos que no faltaron, véase, F.P. VELÁZQUEZ, *Cuadernos biográficos Pedro Poveda. Sal de tu tierra*, vol.7, Madrid 2002.

grama y los rasgos propios de espiritualidad. De ahí la importancia de estos escritos del año 1920.

En cuanto al género literario, el conjunto documental contiene meditaciones, consideraciones y algún escrito de carácter epistolar<sup>5</sup>. En concreto, el que es objeto de nuestro estudio es una consideración, el género literario por excelencia para Poveda, ya que lo utiliza principalmente cuando toca asuntos de máxima importancia para destacar rasgos esenciales de identidad, modalidad, misión y espíritu de la Institución Teresiana. La consideración parte de un texto de la Escritura que contiene la idea central a desarrollar. A continuación, el autor expone y argumenta las enseñanzas que se derivan del mismo, valiéndose, además, de otros textos bíblicos, o bien, patrísticos. Y, por último, exhorta a vivir de esa manera, dando indicaciones de cómo conducirse en la vida.

El texto a analizar, escrito el 25 de febrero de 1920, parte de la siguiente cita evangélica: «Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes» (Mt 5,13)<sup>6</sup>, que da lugar a las dos grandes partes de que consta el escrito povedano: una *primera* en la que desarrolla la comparación de la vida de apostolado con la imagen de la sal; y una *segunda* en cual reflexiona en qué condiciones la presencia en el mundo deja de ser evangelizadora.

No se trata de un comentario exegético. Como en el resto de escritos en los que Poveda se inspira en la Palabra de Dios lo hace desde su profunda experiencia de Dios, y de haber sido siempre un hombre a la escucha de la Palabra, alguien que ha buscado sin cesar el rostro de Dios, ha asentido a lo que Él es y ha consentido al amor con que es provocado. Poveda no es un especialista en Biblia, sino un «hombre bíblico»<sup>7</sup>. Lee la Biblia teológica y espiritualmente en el seno de la tradición viva de la Iglesia, desde su profunda experiencia creyente, y tratando de actualizar ese mensaje para la Obra que ha fundado, y perfilando en diálogo con la Palabra la espiritualidad laical que propone y los rasgos de identidad y misión propios<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> La primera edición crítica de este conjunto documental es: P. POVEDA, *Jesús, maestro de oración*. Estudio preliminar y edición crítica por M<sup>a</sup> Encarnación González, Madrid 1997.

<sup>6</sup> Es la única cita que, en este conjunto documental, Poveda toma de la traducción de Félix Torres Amat, algo posterior a la del P. Scio, que es la Biblia generalmente usada por él. M<sup>a</sup> E. GONZÁLEZ, «Estudio preliminar», en: P. POVEDA, *Jesús, maestro de oración*, 59-61.

<sup>7</sup> Cf. F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Espiritualidad bíblica en «Consideraciones» de Pedro Poveda*, Madrid 1989, 17-18.

<sup>8</sup> Cf. J.M. SÁNCHEZ CARO, *Pedro Poveda, el arte de leer la Escritura*. Inédito. Conferencia dictada en las Jornadas «Pedro Poveda, palabra escrita vivida. Aproximación a la lectura de sus textos», organizadas por la Institución Teresiana en Los Negrales, del 6 al 8 de Diciembre de 2008.

## 2. «VUESTRA VIDA LO ES DE APOSTOLADO»

Poveda comienza su reflexión con una afirmación central que vertebra todo su pensamiento: «vuestra vida lo es de apostolado», y la comparación que elige es la de la sal. Al referirse a la Institución como «obra de apostolado», y al calificar la misión y la vida de sus miembros como «apostólica», «de celo»..., el autor expresa su convicción de que la evangelización es el fin último, la *razón de ser*<sup>9</sup> de una *asociación laical* que se sabe llamada a hacer presente el evangelio en medio de las estructuras públicas de la sociedad civil (*finalidad*), mostrando la fecundidad del diálogo fe-ciencia y fe-culturas-justicia (*programa*). Para Poveda la pasión por el Reino es la única que configura plenamente la vida del miembro de la Institución, unificándola y estructurándola de manera integradora. Desde ahí confronta otras aproximaciones a lo humano y se decanta por una vida que acoge y sirve a la causa de Dios *en medio* del mundo, dando testimonio de ello con las palabras y los hechos. De ahí que la misión de la IT no queda circunscrita a colaborar en el surgimiento de una alternativa histórica, por muy buena que sea, sino que ha de posibilitar las condiciones que hagan posible el alumbramiento de una nueva creación (Rm 8). Dicho con otras palabras, la evangelización es una nota de identidad, inseparable del carácter laical de la vocación teresiana e inherente a la finalidad y programa de la Institución Teresiana, que ha de ejercitarse, en palabras de Poveda, en «un apostolado especial que no consiste en predicar, ni administrar sacramentos, sino en enseñar, en instruir, en educar, en una palabra en formar a la juventud, en hacer maestras cristianas. Es una misión sobrenatural, porque el fin que el apóstol se propone es siempre sobrenatural, el de santificar las almas a él encomendadas» [125] (1919).

En la segunda parte de su escrito volverá sobre el apostolado de quien ha de vivir siendo sal de la tierra, y afirmará con rotundidad: «toda su virtud, toda la fecundidad de su apostolado está en Cristo y cuando de Cristo se separa, poniendo su confianza en las criaturas, en los medios e industrias humanos, su obra ya no es de apostolado, es una labor natural más o menos estimable en el mundo, según las dotes que posea el que la ejecuta, pero sin valor alguno en orden a la vida eterna» [157]. Poveda incide en este escrito en otro aspecto esencial en su pensamiento espiritual: la vinculación con Cristo, porque la sal no tiene sabor por sí misma, sino que lo recibe de otro<sup>10</sup>. La unión con Dios que han de tener quienes aspiran a

colaborar mediante la educación en la transformación de la historia en nueva creación, es una dimensión esencial para comprender la espiritualidad laical que propone. Así lo expresara de nuevo en el comentario al «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» [210] (1925), donde reflexiona sobre la imprescindible unión que han de tener con Dios quienes aspiran a vivir con fecundidad evangélica («frutos de vida eterna», dirá Poveda en múltiples ocasiones, en contraposición en este escrito al sarmiento que se «seca» y para nada sirve sino para tirarlo). Y no duda en afirmar que «la medida de vuestros frutos será esta unión con Dios» [260] (1928).

## 3. SER LA SAL DE TIERRA: UN MODELO DE ESPIRITUALIDAD LAICAL

La imagen de la sal es muy sugerente, y con ella Poveda ilustra cómo entiende una vida laical, «una vida fundida con la de las gentes, con sus sufrimientos, sus angustias, sus esperanzas e ilusiones, y vida «sanadora» a lo divino»<sup>11</sup>. Las dos dimensiones son esenciales para quienes, de acuerdo con su vocación laical, han de ser presencia de Dios insertos en las estructuras públicas y ciudadanas. La imagen de la sal habla de compartir las condiciones ordinarias de vida de los hombres y mujeres de nuestro mundo, y de ser fermento en la historia (cf. LG 31) *dando sabor y sanando*. Pero las afirmaciones povedanas aportan, además, una clave esencial para entender esa manera de ser compañeros de camino de otros hombres y mujeres, y cómo colaborar en la construcción de lo humano: la mirada a las realidades rotas, quebradas, heridas<sup>12</sup>. La clave transformadora del estar en el mundo partiendo desde abajo está estrechamente unida en Poveda a su inserción primera por los caminos polvorientos de las cuevas de Guadix. La obra de las Academias y el interés en formar maestras no llega a comprenderse plenamente si no se pone relación con esa experiencia que marcó definitivamente su vida y le hizo *experto en humanidad solidaria*. Cambiarán las mediaciones, pero no la convicción profunda de que lo humano se recrea desde abajo, siguiendo al Hijo que se encarnó por amor<sup>13</sup>.

llamada de Cristo al seguimiento, a esta existencia de la que hablaban las bienaventuranzas. Quien sigue a Cristo, captado por su llamada, queda plenamente convertido en sal de la tierra».

<sup>11</sup> M<sup>a</sup> D. GÓMEZ MOLLEDA, *Estudio introductorio*, en PEDRO POVEDA, *Obras I. Creí, por esto hablé*, CXXIII-CXXIV.

<sup>12</sup> A lo largo del texto, Poveda emplea en distintos momentos los términos «desabrido» (5x), «corrompido» (1x), «corrupción» (6x); «heridas» (1x), «llagas y heridas de la humanidad» (1x), «heridas que produce el mundo, el demonio y la carne» (1x), «destrucción» (1x), «muerte» (1x).

<sup>13</sup> Cf. E. ESTÉVEZ, «Creer bien y enmudecer no es posible», *Crítica* 904 (2003) 34-35.

<sup>9</sup> «Tengo miedo a que la vida de las hijas de Santa Teresa no sea la vida de celo que Dios os pide y es que es la razón de ser de la Institución» [183] (1922).

<sup>10</sup> Como afirma también D. BOHOEFFER, *El precio de la gracia*, Salamanca 1968, 116, ser sal de la tierra se refiere a toda la existencia cristiana, «en cuanto se halla fundada por la

Poveda justifica, nada más comenzar, la razón de elegir esta comparación y no la de la luz: «cuadra mejor la comparación a la humildad de vuestra empresa y al silencio con que la lleváis a cabo». Su afirmación se entiende mejor a la luz de otros textos de ese mismo año. Quince días antes, en su consideración sobre la oración como única fuerza, Poveda deja traslucir datos de la coyuntura concreta que atraviesa la Obra en el año 20: «las dificultades de adentro y los peligros de afuera, juntamente con las persecuciones de los unos y los temores de los otros, llevan el desaliento al ánimo del más esforzado» [153]. Pocos días después escribe para dejar bien sentada su convicción de que Jesucristo es el único fundamento del ser y misión de la Obra. Arraigada esa certeza, no duda en afirmar que por ello «ni nos desalienta la falta de medios materiales, ni el escaso número, ni la humildad de las pocas que para llevar a fin esta empresa nos reunimos» [168].

Más allá del conocimiento de las circunstancias que atravesaba la Obra en esa coyuntura histórica, el contexto en el que están insertas ofrece claves evangélicas de una gran hondura. La mirada de Poveda sobre la debilidad, las dificultades y los conflictos no queda encerrada en sí misma, en un movimiento que no puede producir sino esterilidad. La invitación que hace a esas mujeres y que resuena con fuerza es a confiar en Dios<sup>14</sup>, en la fortaleza que se recibe al abrirse a su amor en la oración<sup>15</sup>. No desiste de la empresa en que están embarcados porque está convencido que Dios siempre sostiene y que las difíciles circunstancias que atraviesan son un tiempo oportuno, un tiempo de gracia en el que ensayar desde la marginalidad y la pobreza el evangelio al desnudo. De ahí su insistencia en que no son la posición, el talento, las riquezas, la prudencia de la carne, en definitiva, «algo humano» lo que sustenta y hace audaz a una Institución llamada a colaborar en la tarea de liberación y salvación que Jesucristo ha confiado a la Iglesia. No es el momento de lamentos, ni de añoranzas, ni de inhibirse, sino de andar como conviene a la vocación recibida, fundando ahí la unidad de espíritu<sup>16</sup>. Tocar la vulnerabilidad propia y ajena es una provocación a vivir la *kénosis* y el abajamiento del Siervo que se entregó gratuita y libremente por amor para ser sal y fermento en la historia<sup>17</sup>. Poveda está convencido que la eficacia no proviene de los medios humanos

<sup>14</sup> «Nuestra confianza está en Jesús, y nuestro lema es repetir con S. Pablo: *Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*» [168] (1920).

<sup>15</sup> «Y pido a Dios nuestro Señor con todas las veras de mi alma, que no conceda a esta Obra, que para gloria de su Santo Nombre se fundó, fuerza humana alguna, sino que aumente la que le concedió, haciendo que sus miembros sean cada día almas de más oración» [153] (1920).

<sup>16</sup> Cf. [159] (1920).

<sup>17</sup> Cf. P. POVEDA, *Escritos Espirituales*, Madrid 1968, 441.

—aunque sean necesarios e imprescindibles—, sino en reflejar y transparentar a Cristo.

Pero, además, el hecho de que Poveda afirme que la sal cuadra mejor con «la humildad de vuestra empresa» y «el silencio con que la lleváis a cabo» es igualmente un signo de la modalidad laical que él quiere para los miembros de la Institución. En este momento, la Obra fundada por Poveda cuenta ya con un nutrido grupo de mujeres profesionales que dan testimonio de buen hacer en sus puestos de trabajo y de fe firme e ilustrada, y además, cuenta ya con muchas Academias. La Institución y el propio fundador también *han probado* ya las persecuciones y el sufrimiento. Pero, con esta frase Poveda subraya una presencia laical «fundida» con la vida de las gentes, que se apoya en el único que puede sostener, Dios mismo, y que quiere dar testimonio de posponer todo lo humano anteponiendo siempre a Dios en su vivir y en su hacer. Por otra parte, la labor que realizan no es sino a través de presencias individuales en escuelas y Normales, y en las Academias que van surgiendo en muchas provincias españolas, pero sin hacerse notar, a no ser por la santidad de vida en el ejercicio de su profesión.

A continuación, descifraremos la imagen de la sal guiándonos por las señales que el autor ha dejado en el texto.

### 3.1. Una existencia entretrejida con la humanidad

La imagen de la sal evoca, en *primer lugar*, su función como condimento que no se ve, no se nota, pero está y se puede distinguir. Aplicada al modo de estar y actuar con el Espíritu de Jesús en el mundo, apunta a la participación real y concreta en las «condiciones ordinarias de la vida familiar y social» (cf. LG 31), a estar en la realidad de las cosas a través de las mediaciones históricas concretas, e insta a no vivir «desconectados», o «ensimismados» ignorando las grandes preocupaciones, problemas, deseos y logros de la humanidad, bien por desconocimiento, por no manejar las herramientas epistemológicas para descifrar las cambiantes coordenadas históricas, por indiferencia o pasotismo, o bien por preferir las viejas seguridades a la implicación en el claroscuro de los caminos de transformación social, o por vivir una vida acomodada que no corre el riesgo de encontrarse con los ojos de quienes son diferentes, extraños y extranjeros, de quienes están al margen.

En la comparación de la sal resuena la centralidad de la encarnación en la espiritualidad laical povedana, fuente de inspiración del «humanismo verdad» [74] (1915), que no tiene otro modelo que Jesús mismo, quien se hizo siervo y abrazó la existencia de la humanidad entera haciéndose *semejante*

te a nosotros y tomando como propio nuestro barro quebradizo, más aún, haciendo suyas nuestras negatividades, entrafándose con nuestra vulnerabilidad, nuestro pecado y nuestras muertes (cf. Fil 2,7). La invitación a ser sal de la tierra es, por tanto, una provocación a encarnarse en las distintas realidades *de esa manera*, sin reducir las exigencias de una vida que, como la de Jesús, se ejercita en la mirada ofrecida y recibida, y en el contacto con las personas y las situaciones, para *atenderlas y amarlas con solicitud*, pero también para *dejarse captar y afectar por ellas*, más aún, para dejarse *transformar* al ser *tocados* en el centro del ser por la palabra, la necesidad, el deseo o la herida del otro (cf. el encuentro de Jesús con la sirofenicia). De esta manera, la vocación laical expresa toda su radicalidad: ofrecer a las mujeres y hombres contemporáneos el rostro de Cristo hermano (*in nobis*).

Para Poveda no hay duda de que así vivieron los primeros cristianos, hombres y mujeres «empleados del Estado, ocupando destinos varios y viviendo en medio del mundo» [451] (1934), que hicieron gala de «una santa libertad para obrar el bien, no temiendo a la censura, ni al qué dirán de los mundanos» [154] (1920). Ellos son el paradigma de una vida laical que se nutre del evangelio y da testimonio de su fe con hechos y palabras, sin dejarse vencer ni anular por el temor al desprestigio, la burla, la persecución y el martirio.

Es necesario, sin embargo, apuntar un dato más al que hemos aludido al principio de este punto. La sal, un ingrediente más en la comida, se reconoce por su sabor. Si para Poveda es imprescindible estar insertos en las realidades sociales, no lo es menos el distinguirse. Nuevamente su fuente de inspiración son los primeros cristianos cuya vida, idéntica a la de Cristo<sup>18</sup>, destaca por sus «frutos santos» [210] (1925).

Una buena traducción del «ser sal de la tierra» es «tratar con el mundo y ser en lo interior extraños del mundo» [391] (1933)<sup>19</sup>. Como en su tiempo ya expresara la Carta a Diogneto con respecto a los primeros cristianos<sup>20</sup>, para Poveda los miembros de la Institución han de ser «como todos», han de pasar «desapercibidos», y estar «confundidos con el común de las gentes», pero han de distinguirse por la «santidad de vida», han de ser «interiormente... distinguidísimos con la distinción de la virtud; elevadísimos

con la elevación de la santidad; singularísimos con la singularidad del espíritu de Cristo<sup>21</sup>, han de *confundirse con los que andan según la carne*, pero *no militan según la carne*<sup>22</sup>.

### 3.2. Una presencia contracultural

En sus afirmaciones destaca un *primer aspecto*: Poveda comprende la existencia cristiana como paradoja: «como todos, pero distintos». La conjunción de dos afirmaciones aparentemente contradictorias desconcierta, e invita a pensar y a buscar un significado más hondo que no es evidente a primera vista. La comprensión povedana de una vida en la mundanidad<sup>23</sup> es paradójica y, por tanto, apunta a un modo de estar y de comprometerse contracultural, como lo fue en muchos casos el de los primeros cristianos. Esta es, sin duda, una clave irrenunciable de toda vocación cristiana y, por supuesto, de la vocación laical.

El carácter fronterizo de la vocación laical propuesta por Poveda no radica hoy tanto en llegar a donde otros no llegan, sino en marcar claramente con su estilo de vida, sus apuestas educativas y formativas, sus publicaciones... el carácter contracultural del evangelio, la afirmación de una serie de valores irrenunciables en una vida cristiana y teresiana: la justicia que brota de la fe, la primacía de los últimos, el perdón a los enemigos, la renuncia al poder, a la obsesión por el prestigio y el tener, al arribismo como modo de encarar la existencia.

La invitación es a preguntarse qué aspectos de la vida, relacional, familiar, laboral, etc. son paradójicos, es decir, suscitan interrogantes sin imponer su significado o siguen invitando públicamente a otras personas a entrar en una dimensión más profunda de su realidad humana y cristiana, o si más bien «el ser como los de nuestra clase y condición», una falsa traducción del ser laical, ha anulado esta perspectiva del horizonte de la vida y misión del laicado. En definitiva, es una invitación a ejercitarse cotidianamente en discernimiento y a preguntarse si allí donde el laicado está o donde quiere estar, es sal de la tierra y, por tanto, quienes desde otras apuestas existenciales miran, escuchan, etc. «encuentran algo que quizá no acierten a explicarse, pero que les satisface, consuela y alienta» [157].

<sup>18</sup> «Sois linaje escogido, pues habéis de vivir la vida de esos escogidos, y la de éstos es idéntica a la de Cristo» [154] (1920).

<sup>19</sup> Poveda está citando a Santa Teresa, *Camino de perfección*, 3, 3.

<sup>20</sup> Cf. C. MORANO, *El diálogo fe-cultura en los orígenes del cristianismo. Sus huellas en la historia y en la actualidad*, en C. MORANO (ed.), *Fe y cultura: encuentros, desencuentros y retos actuales*, Salamanca 2002, 32-33.

<sup>21</sup> Cf. [54] (1911) y [78] (1916).

<sup>22</sup> Cf. [160] (1920).

### 3.3. Identidad cristiana y povedana

Pero hay un *segundo aspecto*, especialmente relevante, y que lleva al laicado y al resto de la Iglesia a preguntarse cómo explicitar, sin imponer, la oferta de vida y felicidad que desde la fe en Jesucristo orienta y da sentido a todo quehacer educativo y cultural, también ciudadano. Para Poveda, aquello que distingue es la «santidad de vida», el «espíritu de Cristo», es decir, la fe en un Dios personal que vivifica y llama a plenitud a todo lo humano. Piensa ciertamente en una presencia que sea capaz de inspirar valores en la sociedad, pero su idea va más allá, a hacer presente al Dios en quien creen, a ser testigos de una Presencia que sostiene, alienta y desborda, avalada por un compromiso con la realidad que hace presente la justicia del Reino. Ser creyentes en la sociedad no queda reducido a manifestar y poner en práctica una serie de principios éticos, por excelentes que estos sean, sino a expresar quién da sentido total a la vida; como tampoco queda ceñido a relegar la fe a los espacios privados, «tabuizando» su expresión en contextos públicos y seculares<sup>24</sup>.

Poveda desarrollará extensamente este aspecto en la consideración «Creí por esto hablé» [158], escrita a los pocos días de la de «Sois la sal de la tierra» [157]. En este texto insistirá sobre la importancia de «manifestar la fe», de «hablar» y «no enmudecer», de «confesar la verdad que profesan», «confesar a Cristo», dejando atrás «la prudencia mal entendida». Un escrito que requiere una relectura y reinterpretación en el contexto actual de una sociedad que afirma su autonomía y que se define como plural en creencias, valores y modos de enfrentar la existencia; pero también muchos años después del Concilio Vaticano II, en el que se apostó por la superación de la eclesiología apologética y triunfante del Vaticano I, y se impulsó un diálogo *entrañado* con el mundo, a la vez que se sentaron las bases que habían de resituar el papel de los creyentes en las sociedades modernas y post-modernas de acuerdo con la misión encomendada por Jesucristo. Siguiendo el espíritu del Vaticano II, en la encíclica *Ecclesiam Suam*, Pa-

<sup>23</sup> Expresión tomada de M<sup>o</sup> D. GÓMEZ MOLLEDA en *Estudio introductorio*, CXXIV.

<sup>24</sup> Las razones pueden ser muy variadas: «... por razones históricas: el síndrome de repliegue de la vida social originado por la mala conciencia de un presencia equivocada y abusiva de la Iglesia en la etapa anterior; por razones socio-culturales: una equivocada interpretación de la secularización como necesaria eliminación de la presencia social de la religión y reclusión de lo religioso en lo cívico; y por razones religiosas: la excesiva insistencia en la dimensión existencial –la existencialización de la religión– y la incapacidad para incorporar al ejercicio de la fe su dimensión social o reducirla al ejercicio de la pertenencia a la institución de la Iglesia». J. MARTÍN VELASCO, «La religión en la construcción de la tolerancia y del nuevo humanismo», *Iglesia Viva* 187 (1997) 39.

blo VI, expresa con toda claridad que relaciones de la Iglesia con el mundo han de concebirse como diálogo<sup>25</sup>.

Poveda no habla sólo de la coherencia entre el hablar y el hacer, entre el discurso y la praxis –lo cual ya sería mucho– sino que entrelaza todo su discurso con la exigencia ineludible de *dar testimonio de la opción de sentido* que entreteje toda la vida de los miembros de la asociación laical por él fundada. En sus palabras resuena el fin de la Institución: evangelizar a través de las realidades culturales, haciendo explícito el germen de trascendencia que inspira su ser y su misión, coherente siempre con la praxis de justicia, misericordia y perdón, inherente a la fe cristiana. Ahora bien, esta opción de sentido está estrechamente vinculada con el modo propio de vivirla y llevarla a cabo. Lo cristiano y povedano no están disociados y habrá que discernir en cada coyuntura cómo *decir* en los centros y proyectos propios la identidad povedana y cristiana de los mismos y, por otro lado, cómo *mostrar* en otras presencias que han de hablar por sí mismas –aun sin explicitarlo– de un modo de ser y de hacer *propio*.

#### 4. SER SAL PARA SAZONAR, CAUTERIZAR Y PRESERVAR

Para Poveda no es posible estar en la realidad sin *cargar y encargarse* de ella<sup>26</sup>. En su reflexión sobre «Sois la sal de la tierra» insiste en la dimensión práctica del compromiso laical con la realidad (*encargarse de la realidad*) y en su firme disposición a dar sabor y sanar (*cargar con la realidad*), si bien algunos términos expresan su *comprensión y valoración* de la situación de su tiempo (*hacerse cargo de la realidad*).

Bien consciente de las situaciones que atraviesan los hombres y mujeres de su tiempo, Poveda centra su mirada en el mundo necesitado de salud integral, es decir, de salvación. En su mente y en su corazón resuenan el mal y el sufrimiento que padecen, pero también las causas que lo

<sup>25</sup> «Las relaciones entre la Iglesia y el mundo pueden revestir muchas formas diversas entre sí. Teóricamente hablando, la Iglesia podría proponerse reducir al mínimo las relaciones *procurando apartarse del trato con la sociedad*. Igualmente podría proponerse desarraigar los males que en ésta puedan encontrarse *anatematizándolos y promoviendo cruzadas contra ellos*. Podría, por el contrario, acercarse a la sociedad profana para intentar obtener influjo preponderante e incluso ejercitar en ella un dominio teocrático. Y así otras muchas maneras. Parécenos, sin embargo, que la relación de la Iglesia con el mundo, sin excluir otras formas legítimas, puede configurarse mejor como un diálogo». *Ecclesiam suam*, 72 (*Once grandes mensajes*, Madrid 269).

<sup>26</sup> Expresiones de I. ELLACURÍA, «La teología como momento ideológico de la praxis eclesial», *Estudios Eclesiásticos* 207 (1978) 457, que entiende que además de «cargar con la realidad» (dimensión *ética*) y «encargarse de la realidad» (dimensión *práxica*), las personas han de «hacerse cargo de la realidad» (dimensión *intelectiva*).



desencadenan. Poveda tiene ante sus ojos la deshumanización<sup>27</sup> que producen «el mundo, el demonio y la carne» [157]. No le pasa desapercibido que hay maneras de pensar, sentir y actuar que no generan vida en abundancia para las personas y los colectivos (cf. Jn 10,10). En otros momentos será aún más explícito sobre la necesidad de conocer y comprender la situación para dar una respuesta adecuada<sup>28</sup>, de dejar que la realidad tome la palabra y afirme su existencia no encubriéndola ni enmascarándola.

Las reflexiones povedanas sobre el estudio y la necesidad de la ciencia para realizar la misión se iluminan desde éste y otros textos en los que Poveda insiste en la dimensión práxica y ética. El estudio es un medio que tiene como fin «crear espacios para que la vida humana crezca –abrir caminos a la vida– y para que en ella el Reino de Dios vaya ganando terreno de verdadera plenitud para todos»<sup>29</sup>. En la escuela de Poveda, el ejercicio de la inteligencia, del razonamiento, de la comprensión crítica de la realidad, es un ejercicio de discipulado, y por eso, lleva a entender la realidad y a comprometerse decididamente con ella al estilo de Jesús<sup>30</sup>. El estudio es «una experiencia realmente comprometida, de servicio a quienes más nos necesitan»<sup>31</sup>, de ahí que Poveda llegue a decir en el año 1933: «Juzgo como error el afán desmedido de rodear a la joven estudiante de todo género de comodidades y el aislarla de todo contacto con la humanidad pobre y necesitada». «La solidaridad, dice Arantxa Aguado, afecta al estudio y llena nuestras búsquedas de atención, respeto, escucha, colaboración, paciencia y alegría. La tarea intelectual y la disposición del corazón hacia las formas de justicia que nuestro mundo necesita se armonizan bien en el carisma povedano y en la identidad vocacional que debería distinguirnos siempre»<sup>32</sup>. La ciencia puesta al servicio, en definitiva, de la vida y

<sup>27</sup> Véase los términos que usa Poveda en la nota nº 12.

<sup>28</sup> En 1933 escribirá: «Si vuestras alumnas llegan a comprender la situación desgraciada de esas jóvenes de su misma edad...entienden bien la obligación que tienen de ayudarles, de hacerlas partícipes del bien que ellas poseen y defenderlas de los peligros en que se encuentran, no tengo la menor duda de que, dado el ardor de los pocos años y la caridad que deben tener, se lanzarán al ejercicio de esa gran obra de misericordia». P. POVEDA, *Escritos Espirituales*, 566-568.

<sup>29</sup> A. AGUADO, *Discurso de apertura*, en *II Congreso General de la IT. Abrir caminos a la vida. Educación, Cultura(s), Sociedad civil*. Sevilla, 27 diciembre 1998 a 2 enero 1999, 70. A.H.I.T.

<sup>30</sup> «La misión de la Obra povedana puede condensarse en la bella expresión del autor, «llevar a la sociedad la buena nueva de la educación y la cultura» [55] (1911) (...) «Buena nueva», en cuanto que Para Poveda la educación y la cultura participaban de la bondad «sanadora» del evangelio, puestas con sus inmensas posibilidades al servicio del hombre y de la humanidad en su conjunto». M<sup>a</sup> D. GÓMEZ MOLLEDA, *Estudio introductorio*, CXXXVI.

<sup>31</sup> A. AGUADO, *Discurso Inaugural*, en *XIV Asamblea General de la Institución Teresiana*, 1994, 37. A.H.I.T.

<sup>32</sup> A. AGUADO, *Discurso de apertura*, en *II Congreso General de la Institución Teresiana*, 69.

de la dignidad de todos los seres humanos, y como una herramienta eficaz en un mundo donde la crueldad, el desprecio, la mentira y el encubrimiento silencian la realidad de millones de hombres y mujeres.

#### 4.1. Funciones de la sal

Tres son las funciones de la sal que Poveda describe en su reflexión: la sal sirve para sazonar, cauterizar y preservar. Ese modo de estar y de actuar como la sal es entendido como «obra de apostolado», es decir, como misión de los miembros de la Institución, que ha de alcanzar, por tanto, a sus relaciones, a su profesión, a su implicación en la sociedad, en definitiva, al programa que han de llevar adelante. Unos días después Poveda enunciará la misión con una imagen igualmente muy rica: «vosotras habéis de elevar cuanto tocáis». Y, en ese momento, explicitará ese «elevar» como «consolar», «enseñar», «ilustrar», «santificar», «sanar» y, en definitiva «edificar a todos»<sup>33</sup>.

La primera tarea que Poveda adjudica al laicado en este texto es «sazonar», un verbo que significa «dar sazón al manjar», «poner las cosas en el punto y madurez que deben tener». ¿Cuál es esa «madurez» para Poveda? ¿Cómo concibe, en último término, la realización de lo humano? En su visión creyente de la realidad, Poveda es consciente y le preocupa el que muchos hombres y mujeres no han descubierto aún, en palabras de Ortega, «su auténtico ser»<sup>34</sup>, de modo que puedan elegir con acierto su propio modo de hacer, de ser y de convivir, en el seno de una comunidad de destino que se extiende por todo el universo<sup>35</sup>. Poveda constata una carencia en su medio y la valora con el calificativo de «desabrido», aludiendo así a lo que «carece de gusto o apenas lo tiene, o lo tiene malo», es decir, constata que falta algo para hablar de plenitud de lo humano, y en algunos casos será porque no se ha descubierto o apenas se ha ensayado, y en otros porque se ha equivocado el camino y los medios para lograrlo.

Parece entonces que la tarea de sazonar tiene que ver con la pregunta por el sentido, inherente en la óptica povedana a toda tarea educativa y transformadora<sup>36</sup>. Poveda entiende que es necesario acompañar el proceso de crecimiento y la forja de nuevos sujetos que sean capaces de afrontar los desafíos de cada momento histórico desde posturas solidarias, justas e

<sup>33</sup> Cf. [160] (1920).

<sup>34</sup> Cf. J. ORTEGA Y GASSET, *En torno a Galileo*, Madrid 1996, 251-252.

<sup>35</sup> Cf. J. GARCÍA ROCA, *La educación en el cambio de milenio. Retos y oportunidades desde la tradición cristiana*, Santander 1998, 11.

<sup>36</sup> A. AGUADO, *Comunidades de aprendizaje para un mundo solidario: perspectivas pedagógicas en la visión de Pedro Poveda*, en INSTITUCIÓN TERESIANA AMÉRICA LATINA, *Educación en tiempos difíciles. Aportes desde la pedagogía povedana*, Río de Janeiro 2002, 37.

inclusivas. Pero, para él la tarea, una vez más no termina ahí. Poveda habla de «llevar a su ánimo una persuasión que sazone toda su vida» [157]. ¿Cuál es esa persuasión que tiene capacidad para llenar de sentido la vida entera?

En la escuela povedana, ayudar a que cada sujeto se pregunte quién es y qué va a hacer con su vida, es decir, que se pregunte, a través del diálogo y de la reflexión personal, cuál es el sentido de su existencia, y aprenda a disfrutar, a amar y a vivir con sentido, se enmarca en una antropología cristiana. Los *instrumentos y recursos humanos y técnicos* que Poveda ideará están al servicio de los fines de la acción educativa y humanizadora que propone y, en último término, al servicio del «humanismo verdad» que para él tiene su raíz en la encarnación: «lo humano perfeccionado y divinizado, porque fue henchido de Dios» [74] (1915). De eso él está bien persuadido («si vieras cuán persuadido estoy de ello» [74]), es decir, lo vive en primera persona, y así lo transmite.

En más de una ocasión Poveda se cuestionará si las respuestas que se ofrecen a la realidad son realmente «sazonadoras». En el año 1922 preguntará a sus colaboradoras (en este caso refiriéndose a los internados): «¿se hace en vuestra casa la obra de celo que se debe hacer? Porque si todo se hiciese bien, pero se descuidara el celo por la salvación de las almas que viven en nuestros internados, tendríamos que decir que en ellos no vive el espíritu de nuestra institución» [183]. Poveda da por hecho que se trabaja con «celo». Por ello, la interpelación va dirigida a valorar *cómo* se está llevando a cabo «esa obra de celo por la salvación», es decir, si se hace como «se debe hacer». Parece que para Poveda no todo vale aunque esté bien hecho, aunque se trabaje seriamente y reporte beneficios a los sujetos y a la colectividad. De hecho, establece una distinción entre el «bien» y el «celo por la salvación» que puede ser muy iluminadora hoy, cuando todavía se dejan sentir entre muchos creyentes algunas consecuencias del proceso de secularización. Es, por lo tanto, una cuestión en la que hay que afinar, es decir, en la que hay que ejercer discernimiento.

Por otra parte, la tarea de aportar sentido está estrechamente ligada con la de generar esperanza, algo de lo que necesitaba la sociedad del momento histórico que Poveda vivió, pero también, y de modo quizá más acuñante, las sociedades actuales. «Hay que vivir de fe y de esperanza», dirá Poveda, «mientras llega el tiempo de la recolección» [374] (1932), y esa siempre se apoya en Dios, en su gracia: «toda la esperanza es de Dios, por Dios y en Dios» [297] (1929).

En *segundo lugar*, la evangelización en medio del mundo pasa por «cauterizar» cuyo significado es «restañar la sangre de las heridas y curar otras enfermedades con el cauterio». Poveda tiene ante sí «las llagas y heridas de la humanidad» y sus palabras invitan hoy a preguntarse: ¿cuáles son las

*venas abiertas* de nuestros contextos?, y ¿cómo contribuir a *sanar* las sociedades actuales con el diálogo fe-ciencia?

Su aproximación a lo que está corrompido y necesita del «mejor cauterio», es decir, de ser atajado con eficacia, tiene de fondo la preocupación povedana por salir al paso de un modo de entender la construcción de la sociedad civil que no responde a los criterios evangélicos y que causa también males sociales. Pero, además, Poveda pone ante sus colaboradoras la realidad doliente de la humanidad y entiende que quienes han de vivir cristianamente en medio de la sociedad no pueden desconocer ni pasar indiferentes ante el sufrimiento del mundo, que es «el mundo de Dios»<sup>37</sup>.

En sus palabras resuena su honda preocupación social, siempre presente en el horizonte de su praxis, plasmada en opciones bien concretas en esa etapa y en otras<sup>38</sup>, y más de una vez reconocida socialmente. Aproximadamente un mes antes de que escribiera este texto (22 de enero de 1920), aparece en «La Regeneración» un artículo en el que se destaca lo siguiente: «... los Internados Teresianos, cumpliendo la iniciativa de su fundador, educan e instruyen para el magisterio, más a las pobres, a las humildes, a las huérfanas, a las desamparadas, que a las pudientes. Hay labores sociales que, ocultas y silenciosas, llevan a cabo misiones de gran valor»<sup>39</sup>. Acceder a escuchar las heridas de la humanidad, entrar en contacto con ellas, «como dios menor que reclama justicia, derecho y encuentro»<sup>40</sup>, entra necesariamente en el horizonte del pensamiento y la praxis educativa y humanizadora de Poveda. Para sus colaboradoras laicas piensa en un estilo de vida, en una manera de trabajar,

<sup>37</sup> Cf. J.B. METZ (dir.), *El clamor de la tierra. El problema dramático de la Teodicea*, EVD, Estella 1996, 8.

<sup>38</sup> «La situación económica de los centros es tan apremiante que don Pedro se ve obligado a escribir una carta colectiva advirtiéndole sobre la «necesidad de nivelación» y recomendando solicitar «subvenciones de ayuntamientos, diputaciones y entidades respetables... buscar suscripciones para el 'Boletín', anuncios, dotaciones de becas, fundaciones caducadas, préstamos bancarios...» para poder llevar adelante la acción social, el sostenimiento de becas, etc. «Otra valentía más», comenta don Pedro a Josefa Segovia aludiendo a esta búsqueda de recursos (Pedro Poveda, Carta general. Jaén, 15, marzo, 1920)». F. P. VELÁZQUEZ, *Cuadernos biográficos Pedro Poveda*, 100. Las alumnas de los internados participaban con regularidad en los Sindicatos y Centros Obreros, y él mismo deja constancia de sus encuentros con los obreros sin dejar sus obligaciones en la diócesis, sus clases en el Seminario, y su tarea como fundador de la Institución Teresiana. Cf. *Diario* de P. Poveda (2 de Enero de 1916), citado por: Á. GALINO, *Itinerario pedagógico*, Madrid 1964, 8.

<sup>39</sup> Cita tomada de F.P. VELÁZQUEZ, *Cuadernos biográficos Pedro Poveda*, 100.

<sup>40</sup> J. GARCÍA ROCA, *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*, Madrid 1998, 263. «...frente a una excesiva moral del pecado, habría que destacar en el cristianismo la primacía de una moral del sufrimiento, de una moral del sufrimiento en la cual los sufrimientos de los otros, los sufrimientos de los extraños y —de manera absolutamente bíblica— hasta los sufrimientos de los enemigos entraran en la perspectiva de la propia praxis». J.B. METZ, *El clamor de la tierra*, 26-27.

de relacionarse, que se haga cada día consciente de las «lagas y heridas de la humanidad», que se atreva a tocarlas y se ponga con decisión y voluntad a dar respuestas concretas poniendo su inteligencia y su saber al servicio de la *salud*: «¡No apeteceís ser sal de la tierra para cauterizar tantas heridas...» [157]. Pero, Poveda sabe que sus respuestas concretas, impregnadas de evangelio, son discutidas y perseguidas por quienes pretenden atajar los mismos males sociales. Poveda reclamará un «cauterio» diferente: el diálogo de la fe con la ciencia, la unión indisoluble de una vida que regala el amor de Dios, con una «fe ilustrada» capaz de «iluminar muchas existencias» [155] (1920), y una ciencia que edifica de tal manera que «nadie –dirá Poveda– supiera más que vosotras, ni enseñase mejor que vosotras, ni tuviera el arte de vosotras para hacer amable el estudio, para inculcar la afición a la ciencia, cuyo autor es Dios, sabiduría infinita, y a quien más nos asemejamos a medida que más verdades conocemos» [111] (1919). Dicho de otra manera, Poveda cree en «el carácter sanador del diálogo fe-ciencia».

En *tercer lugar*, la sal tiene la función de «preservar», es decir, según el significado de este término: «proteger, poner a cubierto anticipadamente a una persona o cosa de algún daño o peligro». Incide Poveda, en este caso, en la necesidad social de ámbitos donde los creyentes puedan ser referencia de humanidad según la praxis compasiva y liberadora de Dios. Poveda insta a que sus colaboradoras vivan y se adelanten a generar espacios donde sus propias historias y prácticas de «solidaridad intempestiva» sean expresión de la convocatoria del Dios que apuesta por la *vida inagotable* para todos, y es capaz de seducir y contagiar. Ese testimonio de trascendencia en los distintos ámbitos de la vida cotidiana contribuirán a hacer presente que hay algo más que la búsqueda de los sentidos inmediatos propios de cada actividad, que es posible una historia distinta, donde los que han quedado tirados en la cuneta, las víctimas, pueden esperar una justicia y una salvación que la historia intramundana les niega<sup>41</sup>.

De nuevo entiendo que cuando Poveda habla del valor del «ejemplo» y la «palabra» no excluye la vida profesional, porque ese es un espacio habitual de inserción en el mundo. Si bien, Poveda no lo explicita en este caso, la «vida verdadera inagotable, que es la vida de Cristo», tiene repercusiones éticas en el trabajo –y que el autor desarrolla en otros textos ampliamente– y tiene que ver con una reflexión encarnada y una praxis reflexionada bien articuladas en las que se ofrezcan al caminar social los valores que hacen posible una nueva humanidad más solidaria y más justa<sup>42</sup>.

## 5. DINÁMICA PASCUAL DEL SER SAL DE LA TIERRA

La paradoja reaparece cuando se observan los medios que enumera para ser sal de la tierra que da sabor y sana. En ellos se descubre una dinámica pascual que Poveda tiene interiorizada, orada y vivida. La imagen que mejor desvela este manera de proceder es la de «derretirse» y «destruirse» para dar vida. Lo explicitará y desarrollará cuando habla de «cauterizar», pero el mismo sentir se percibe en los medios que hacen posible el «sazonar» y el «preservar».

El lenguaje aboca a la entrega de la vida como Cristo, a su amor hasta la muerte a la humanidad. No se trata de masoquismo, ni de sufrir por sufrir, sino de adentrarse en la lógica del amor, que se dispone a «padecer la alteridad del otro sin tener en cuenta el propio bienestar», una lógica que se manifiesta en que es «pasible» y no «inmutable», en que no le es indiferente la situación del tú que tiene enfrente<sup>43</sup>. Los medios elegidos hablan de identificación con Cristo abrazando al mundo con el mismo amor pleno, gratuito, total y liberador con el que Dios ha amado al mundo en Cristo crucificado. La comprensión, por tanto, de los medios que son esenciales en el compromiso con el mundo –y que han de inspirar y nutrir el modo de estar en el mundo como laicos y laicas en la escuela de Poveda– está en estrecha relación con la invitación povedana a «ser crucifijos vivientes»<sup>44</sup>.

La eficacia del apostolado no proviene de los medios humanos, sino de tener y comunicar el amor de Dios. La «fecundidad del apostolado» no radica en la ejemplaridad propia, en una simple eficacia o en el éxito en las acciones emprendidas, o en estar satisfechos/as por haber hecho muchas cosas buenas, sino que, para Poveda, esa fecundidad está en transparentar el amor de Dios, en ser, dirá en otro momento, «crucifijos vivientes». Sus afirmaciones son muy elocuentes, la eficacia del compromiso por el Reino está en reflejar y transparentar a Cristo, o en las palabras del autor, en «hacer subir hasta él los corazones de los mortales»<sup>45</sup>. Es entonces cuando su obra será de «apostolado» y no «una labor natural más o menos estimable en el mundo» [157]. Ahí radica la hondura de esta afirmación y el gran desafío que no puede resolverse imponiendo, sino ofreciendo y persuadiendo con la vida y con la palabra.

La invitación a encontrarse y confrontarse con la realidad de Dios desvelada en el Cristo pascual está estrechamente vinculada desde siempre para Poveda con la capacidad de *hacer atrayente* el cristianismo. Así aparece también en esta consideración de la sal [157]: «*hacer agradable* la vida

<sup>41</sup> Cf. J. MARTÍN VELASCO, *La religión en la construcción de la tolerancia*, 41.

<sup>42</sup> Cf. E. ESTÉVEZ, *Abrir caminos a la vida: educación, cultura(s), sociedad civil, para hacer avanzar la historia en la dirección del Reino*, en *II Congreso General de la Institución Teresiana*, Sevilla, 27 diciembre 1998 a 2 de enero 1999, 131-155.

<sup>43</sup> Cf. J. MOLTSMANN, *El Dios crucificado*, Salamanca 1975, 325.

<sup>44</sup> Cf. P. POVEDA, *Escritos Espirituales*, Madrid 1968, 214-215.

<sup>45</sup> P. POVEDA, *Escritos Espirituales*, 206.

fervorosa, *amable* la virtud, *alegre* la penitencia, *consolador* el sufrimiento». La amabilidad del cristianismo es una condición inherente de una obra que quiere ejercer «saludable influencia en el mundo» [66] (1912) y que, por lo tanto, está llamada a entrar en diálogo con el *sistema de significaciones de las culturas contemporáneas*, contribuyendo así a la inculturación del evangelio; pero, además, que «fascina» y atrae porque acredita con sus hechos la buena nueva del Reino.

La fecundidad tiene que ver, además, con un modo de ser y relacionarse que expresa el amor gratuito y sin medida de Dios, y que, por lo tanto, «no tiene en cuenta nada humano», es decir, que actúa «sin mirar riqueza, ni sabiduría ni ignorancia» [249] (1928).

La fecundidad se expresa también para Poveda en acciones que «atraen» y son una provocación que remite al Dios de toda ternura, que suscita la conversión y la adhesión de otros a Cristo: «Debe trabajar de tal manera, expresarse de tal modo, obrar siempre con tan buen espíritu, tratar al prójimo con tanto agrado, prodigarle tales consuelos, llevar a su ánimo una persuasión que sazone toda su vida... la sal de la virtud, del amor de Dios, de la verdadera caridad, de la abnegación, del sacrificio... cauterizar las llagas y heridas de la humanidad sino por la abnegación, el sacrificio, el propio martirio, la propia inmolación» [157]. Se trata de acciones que muestran sin equívoco el amor de Dios porque son expresión de la entrega la vida por completo.

Pero, además, cuando Poveda habla de la atracción del cristianismo o de la necesidad de hacerlo «amable», para nada se está refiriendo a «rebajar» o hacer a nuestra medida o las de nuestros contemporáneos, las exigencias evangélicas, que no son otras que las Bienaventuranzas que para él son «el mejor resumen del evangelio» [43] (1909). Sabe él muy bien por experiencia que el seguimiento conduce a la persecución y que puede producir «desagrado» entre los que nos rodean, de ahí que abogue por un cristianismo vivido en la ambigüedad de la historia, pero sin perder la fuerza profética y sapiencial del evangelio<sup>46</sup>.

No se trata de asimilación, ni de colocarse como quien posee la única verdad, sino de un verdadero diálogo del evangelio con los imaginarios de la gente en cada rincón de la tierra, de modo que sea significativo en su vivir diario y sin perder su valor como Buena Noticia universal. Es decir, la tarea es, en medio de la vida ordinaria, remitir a Dios y ayudar a que otros hombres y mujeres se confronten con el Dios de Jesucristo cuando las

<sup>46</sup> «Humillaciones, abatimientos, contrariedades, persecuciones, sufrimientos, martirio, todo ello, viene como consecuencia legítima. Así aconteció con el Maestro y no ha de ser el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su Señor sin que haya medio de librarse de tales consecuencias...» [158] (1920).

acciones de los distintos grupos eclesiales, también de los laicos/as, son claramente contraculturales. En *definitiva*, transparentar a Cristo, ayer, hoy y mañana, es posible cuando «por el escándalo o por la fascinación que provoca remite y confronta a los hombres con la realidad de Dios, revelada en la faz crucificada y glorificada de Cristo»<sup>47</sup>.

Detrás de esas afirmaciones povedanas está su convicción de que sólo «poniendo a Dios en el corazón»<sup>48</sup> se es instrumento de su amor solícito y sin medida, al mundo. De múltiples maneras incidirá en la necesidad de beber de la «fuente» que alimenta el ser desde dentro, y alimentarse del «agua de la vida» en la oración y el encuentro con Dios (cf. *Moradas* I, 2). La fecundidad del apostolado, dirá con rotundidad, «está en Cristo»<sup>49</sup>. Esto implica dejar que Dios ame en cada persona, como él quiera, lo que se traduce en una desapropiación de uno mismo, en la renuncia a la voluntad prometeica de llevar los hilos de la historia, pasa igualmente por consentir previamente en ser amadas/os por Dios, en dejarse abrazar por el amor de Dios que obra maravillas en todo ser humano. Pero, además, supone no poner la confianza en nada humano que, siendo necesario, no puede suplantarse la obra de la gracia.

## 6. DEJAR DE SER SAL: VIGILANCIA Y DISCERNIMIENTO

Poveda es muy consciente de la dificultad que entraña estar en medio del mundo y ser extraño al mundo<sup>50</sup>. De ahí que una y otra vez advierta de la necesidad de vivir vigilantes y adquirir un talante discernidor. Así lo hará en la segunda parte del texto que estamos analizando.

Poveda es consciente de la capacidad de autoengaño del ser humano<sup>51</sup>, y de lo fácil que resulta irse «pegando a lo terreno y desprendiéndose de lo sobrenatural» [164] (1920) y, por ello, invitará a sus colaboradoras a examinar cotidianamente cómo es su dinamismo espiritual, y a elegir distinguiendo bien los derroteros que llevan hacia Dios de aquellos otros que alejan de él y de su Reino. Para Poveda será una regla básica de discernimiento «hacerlo todo de corazón, como por el Señor y no por los hombres».

<sup>47</sup> Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 1997, 780.

<sup>48</sup> Así aparece ya en los «Consejos a las profesoras y alumnas de la primera Academia teresiana», [48] (1911).

<sup>49</sup> Cf. Consideración sobre «la oración es la única fuerza» [153] (1920).

<sup>50</sup> Cf. [391] (1933).

<sup>51</sup> «...Y puede suceder que hasta tengamos devoción sensible y apariencias de un celo incansable y que pongamos todo nuestro empeño en aquello, pero perdemos lastimosamente el tiempo, porque el móvil de nuestras acciones no es Dios, no es Dios quien las realiza y sin mí no podéis hacer nada.» [126] (1919).

Y eso implica, dirá, ser capaces de «apreciar las diferencias» [165] (1920) entre vivir para uno/a mismo/a o vivir para el Reino de acuerdo con la vocación recibida, significa preguntarse cada día y muy en verdad quién o qué es el móvil real y concreto de las propias ideas, sentimientos y acciones.

En el texto de la sal Poveda insistirá en no *desnaturalizar* la obra de apostolado, es decir, en no confundir los medios que conducen a la finalidad última del compromiso por el Reino: la evangelización. Poveda apunta *algunas* claves para adquirir un talante discernidor, tan necesario para ser sal de la tierra que cauteriza, sazona y da sabor.

Por una parte, su reflexión supone la capacidad de *examinarse* detenida y cotidianamente, y *convertirse*<sup>52</sup>, porque el problema no es equivocarse o toparse con la debilidad y la insuficiencia, sino hacerse «insensibles», como diría Santa Teresa<sup>53</sup>, y dejar que, *sin sentir*, se vaya «entrando el mundo»<sup>54</sup>. Esta será una idea muy repetida por Poveda que sabe muy bien que ese cambio no se produce de repente, sino paulatina, pero irremediablemente<sup>55</sup>.

Ya hemos aludido en el punto anterior a la necesidad de *confiar en Dios* dejando que sea realmente él quien lleve los hilos de la historia. Unido a ello, Poveda invita a través de esta consideración a preguntarse qué medios se articulan en cada situación para llevar adelante una «obra de apostolado» que tiene una finalidad y programa bien definidos. Y será muy claro en la necesidad de aplicar discernimiento para ver si «se refuerza» sólo el elemento humano, y se tiene la «confianza en la mayor suma de ellos», o si la fecundidad se afianza reforzando la unión con Dios y la confianza en la gracia. En ningún caso Poveda considera que los medios humanos (estudio, ciencia, análisis, conocimiento de las necesidades, atención a los desafíos del momento, estrategias, etc.) son innecesarios. Lo que él tiene muy claro es que ahí no está la fecundidad apostólica.

Para ello, insistirá, por último, en *no perder el espíritu*, es decir, en la necesidad de reavivar y fortalecer la vocación-misión recibida. La tarea de una obra laical que se sabe llamada a «regenerar al mundo sin que el mundo nos seduzca y corrompa», requiere «pedir día y noche que fortifique el Señor en nuestros corazones el designio... que ... en el corazón, ponga los sentimientos que corresponden a nuestra vocación, que sea cada día más sólida, más pura, más vigorosa» [162] (1920). Es decir, Poveda considera esencial en el fortalecimiento de la espiritualidad laical asociada que propone la unidad de espíritu que informa la Obra<sup>56</sup>, es decir, insiste en la

<sup>52</sup> Cf. [159] (1920).

<sup>53</sup> SANTA TERESA, *Meditaciones sobre los cantares*, 2.2.

<sup>54</sup> SANTA TERESA, *Fundaciones* 27,11.

<sup>55</sup> Cf. [164] (1920).

<sup>56</sup> Cf. [159] (1920).

necesidad de afianzar, «la fe, la esperanza y la caridad... en lo concreto de la historia, tal como el Espíritu lo va posibilitando y exigiendo»<sup>57</sup>, según el carisma propio.

#### UNA PALABRA FINAL

La relevancia y riqueza del contenido del texto Povedano constituyen un gran aporte a la espiritualidad laical. Aporta claves sin duda iluminadoras para el momento histórico que atravesamos los creyentes en las sociedades actuales. Apuesta por un modo de presencia, como ya decía la carta a Diogneto, que comparta las condiciones ordinarias de la gente, pero que se distinga por la santidad de vida; por una existencia que, desde más abajo y más atrás, contribuya a hacer de la historia una nueva Creación, y que dé testimonio con la vida y la palabra del Dios de Jesús.

<sup>57</sup> Cf. J. SOBRINO, *Liberación con espíritu*, San Salvador 1985, 152.

